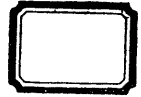


CSP-048-15



EL ALCALDE

DE ZALAMEA

POR



D. Pedro Calderon de la Barca

PRECIO: 8^{tos} REALES

CSP-078-15

EL

ALCALDE DE ZALAMEA

POR

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

NA 1071517
NEA 1616648

PRECIO: 8 REALES



EL ALCALDE DE ZALAMEA

COMEDIA EN TRES JORNADAS

PERSONAJES

EL REY FELIPE II.
DON LOPE DE FIGUEROA.
PEDRO CRESPO, *labrador viejo*.
JUAN, *su hijo*.
DON MENDO, *hidalgo*.
NUÑO, *su criado*.
UN SARGENTO.

REBOLLEDO, *soldado*.
ISABEL, *hija de Pedro Crespo*.
INÉS, *prima de Isabel*.
LA CHISPA.
UN ESCRIBANO.
SOLDADOS
LABRADORES

La escena pasa en Zalamea y sus contornos

JORNADA PRIMERA

Campo próximo a Zalamea.

ESCENA PRIMERA

Salen REBOLLEDO, CHISPA y soldados.

REB. ¡Cuerpo de Cristo con quien de esta suerte hace marchar de un lugar a otro lugar, sin dar un refresco!

TODOS Amén.

REB. ¿Somos gitanos aquí para andar de esta manera? Una arrollada bandera, ¿nos ha de llevar tras sí con una caja? . .

SOL. 1º ¿Ya empiezas?

REB. ¿Que este rato que callo nos hizo merced de no rompernos estas cabezas?

SOL. No muestres de eso pesar; que ha de olvidarse, imagino, el cansancio del camino a la entrada del lugar.

REB. ¿A qué entrada, si voy muerto? Y aunque llegue vivo allá, sabe mi Dios si será para alojar; pues es cierto llegar luego al comisario los alcaldes a decir que si es que se pueden ir que darán lo necesario. Responderles lo primero que es imposible, que viene la gente muerta; y si tiene el concejo algún dinero, decir: «Señores soldados, orden hay que no paremos; luego al instante marchemos»; y nosotros, muy menguados, a obedecer al instante orden, que es en caso tal, para el orden monacal, y para mí, mendicante. Pues, vive Dios, que si llego esta tarde a Zalamea, y pasar de allí desea por diligencia, o por ruego, que ha de ser sin mí la ida; pues no con desembarazo será el primer tornillazo que habré yo dado en mi vida.

- SOL. 1° Tampoco será el primero que haya la vida costado a un miserable soldado; y más hoy, si considero que es el cabo de esta gente don Lope de Figueroa, que, si tiene fama y loa de animoso y de valiente, la tiene también de ser el hombre más desalmado, jurador y renegado del mundo, que sabe hacer justicia del más amigo, sin fulminar el proceso.
- REB. ¿Ven ucedes todo eso? Pues yo haré lo que yo digo.
- SOL. 2° ¿De eso un soldado blasona?
- REB. Por mí muy poco me inquieta; pero por esa probeta que viene tras la persona.
- CHIS. Seor Rebolledo: por mí voacé no se aflija, no; que, como ya sabe, yo barbada el alma nací, y ese temor me deshonra; pues no vengo yo a servir menos que para sufrir trabajos con mucha honra; que para estarme en rigor regalada, no dejara en mi vida, cosa es clara, la casa del regidor, donde todo sobra, pues al mes mil regalos vienen; que hay regidores que tienen menos cuentas con el mes. Y pues a venir aquí a marchar y padecer con Rebolledo, sin ser postema, me resolví; por mí, ¿en qué duda o repara?
- REB. ¡Viven los cielos, que eres corona de las mujeres!
- SOL. 2° Aquesa es verdad bien clara. ¡Viva la Chispa!
- REB. ¡Reviva! y más, si por divertir esta fatiga de ir cuesta abajo y cuesta arriba, con su voz al aire inquieta, una jácara o canción.
- CHIS. Responda a esa petición citada la castañeta.
- REB. Y yo ayudaré también; sentencien los camaradas todas las partes citadas.
- SOL. 2° ¡Vive Dios, que ha dicho bien!
- (*Cantan* REBOLLEDO Y CHISPA.)
- CHIS. «Yo soy, titiri, titiri, tina,

- flor de la jacarandina; vaya a la guerra el alférez y embárguese el capitán.»
- REB. «Mate moros quien quisiere, que a mí no me han hecho mal.»
- CHIS. «Vaya y venga la tabla al horno, y a mí no me falte pan.»
- REB. «Huésped: máteme una gallina, que el carnero me hace mal.»
- SOL. 1° Aguarda, que ya me pesa; que íbamos entretenidos en nuestros mismos oídos, de haber llegado a ver esa torre pues es necesario que donde paremos sea.
- REB. ¿Es aquélla Zalamea?
- CHIS. Dígalo su campanario. No sienta tanto voacé que cese el cántico ya; mil ocasiones habrá en que lograrle, porque esto me divierte tanto, que como de otras no ignoran que a cada cosita lloran, yo a cada cosita canto y oirá uced jácaras ciento.
- REB. Hagamos alto aquí, pues justo, hasta que venga, es con la orden del sargento, por si hemos de entrar marchando y en tropas.
- SOL. 2° El solo es quien llegá ahora; mas también el capitán esperando está.

ESCENA II

El CAPITÁN, el SARGENTO y DICHS

- CAP. Señores soldados: albricias puedo pedir; de aquí no hemos de salir, y hemos de estar alojados hasta que don Lope venga con la gente que quedó en Llerena; que hoy llegó orden de que se prevenga toda, y no salga de aquí a Guadalupe, hasta que justo todo el tercio esté, y él vendrá luego; y así, del cansancio bien podrán descansar algunos días.
- REB. Albricias pedir podías
- TODOS ¡Victor nuestro capitán!
- CAP. Ya está hecho el alojamiento; el comisario irá dando boletas, como llegando fueren.
- CHIS. Hoy saber intento. Porque dijo, voto a tal,

aquella jarandina:
«huéspedada, máteme una gallina,
que el carnero me hace mal.» (Vánse.)

ESCENA III

Decoración de calle.

El CAPITÁN y el SARGENTO

- CAP. Señor Sargento, ¿ha guardado las boletas para mí, que me tocan?
- SARG. Señor, sí.
- CAP. ¿Y dónde estoy alojado?
- SARG. En la casa de un villano, que el hombre más rico es del lugar; de quien después he oído que es el más vano hombre del mundo y que tiene más pompa y más presunción que un infante de León.
- CAP. Bien a un villano conviene rico aquesa vanidad.
- SARG. Dicen questa es la mejor casa del lugar, señor; y si va a decir verda, yo la escogí para tí, no tanto porque lo sea, como porque en Zalamea no hay tan bella mujer...
- CAP. Dí.
- SARG. Como una hija suya,
- CAP. Pues, por muy hermosa y muy vana, ¿será más que una villana, con malas manos y pies?
- SARG. ¿Que haya en el mundo quien diga eso?
- CAP. ¿Pues no mentecato?
- SARG. ¿Hay más bien gastado rato a quien amor no le obliga, sino ociosidad no más; que el de una villana, y ver que no acierta a responder a propósito jamás?
- CAP. Cosa es que en toda mi vida ni aun de paso me agradó; porque en no mirando yo aseada y bien prendida una mujer, me parece que no es mujer para mí.
- SARG. Pues para mí, señor, sí, cualquiera que se me ofrece. Vamos allá, que por Dios, que me pienso entretener con ella.
- CAP. ¿Quieres saber cual dice bien de los dos? El que una belleza adora, dije viendo a la que amó, «aquella es mi dama», y no:

«aquella es mi labradora»
luego si dama se llama
la que se ama, claro es ya
que en una villana está
vendido el nombre de dama.
Mas, ¿qué ruido es ese?

- SARG. Un hombre, que de un flaco rocinante a la vuelta de esa esquina se apeó, y en rostro y talle parece aquel don Quijote de quien Miguel de Cervantes escribió aventuras.
- CAP. ¡Qué figura tan notable!
- SARG. Vamos, señor; que ya es hora.
- CAP. Lléveme el Sargento antes a la posada la ropa y vuelva luego a avisarme. (Vánse)

ESCENA IV

DON MENDO, hidalgo ridículo y NUÑO

- MEN. ¿Cómo va el rucio?
- NUÑO Rodado
pues no puede menearse.
- MEN. ¿Dijiste al lacayo, dí, que un rato le pasease?
- NUÑO. ¡Qué lindo pienso!
- MEN. No hay cosa que tanto a un bruto descanse.
- NUÑO. Aténgome a la cebada.
- MEN. ¿Y que los galgos no aten, dijiste?
- NUÑO. Ellos se holgarán; mas no el carnicero.
- MEN. Baste; y pues han dado las tres, cálzome palillos y guantes.
- NUÑO ¿Si te prenden el palillo por palillo falso?
- MEN. Si alguien, que no he comido un faisán, dentro de sí imaginare, que allá dentro de sí miente, aquí y en cualquiera parte le sustentaré.
- NUÑO ¿Mejor no sería sustentarme a mí, que al otro, que en fin, te sirvo?
- MEN. ¡Qué necesidades! En efecto, ¿qué han entrado soldados aquesta tarde en el pueblo?
- NUÑO Sí, señor.
- MEN. Lástima da el villanaje con los huéspedes que espera
- NUÑO Más lástima da, y más grande, con lo que no espera...
- MEN. ¿Quién?

NUÑO La hidalguéz, y no te espante, que si no alojan, señor, en cas de hidalgos a nadie, ¿por qué piensas que es?

MEN. ¿Por qué?

NUÑO Porque no se mueran de hambre.

MEN. En buen descanso está el alma de mi buen señor y padre; pues, en fin, me dejó una ejecutoria tan grande, pintada de oro y azul, exención de mi linaje.

NUÑO Tomáramos que dejara un poco del oro aparte.

MEN. Aunque si reparo en ello, y si va a decir verdades, no tengo que agradecerle de que hidalgo me engendrarse, porque yo no me dejara engendrar, aunque él porfiase, si no fuera de un hidalgo en el vientre de su madre.

NUÑO Fuera de saber difícil.

MEN. No fuera sino muy fácil.

NUÑO ¿Cómo, señor?

MEN. Tú, en efecto, filosofía no sabes, y así ignoras los principios.

NUÑO Sí, mi señor, y aun los antes y postres, desde que como contigo; y es, que al instante, mesa divina es tu mesa, sin medios, postres ni antes.

MEN. Yo no digo esos principios, has de saber que el que nace substancia es del alimento que antes comieron sus padres.

NUÑO ¿Luego tus padres comieron?

MEN. Esa mañana no heredaste.

MEN. Esto después se convierte en su propia carne y sangre; luego si hubiera comido el mío cebolla, al instante me hubiera dado el olor y hubiera dicho yo: «Tate, que no me está bien hacerme de excremento semejante».

NUÑO Ahora digo que es verdad. . .

MEN. ¿Qué?

NUÑO Que adelgaza el hambre los ingenios.

MEN. Majadero. ¿téngola yo?

NUÑO No te enfades, que si no la tienes, puedes tenerla, pues de la tarde son ya las tres, y no hay grenda que mejor las manchas saque, que tu saliva y la mía.

MEN. Pues esa, ¿es causa bastante

para tener hambre yo? Tengan hambre los gañanes, que no somos todos unos; que a un hidalgo no le hace falta el comer.

NUÑO —¡Oh, quién fuera hidalgo!

MEN. Y mas no me hables de esto, pues ya de Isabel vamos entrando en la calle.

NUÑO ¿Por qué, si de Isabel eres tan firme y rendido amante, a su padre no la pides? Pues con eso tú y su padre remediaréis de una vez entrambas necesidades; tú comerás, y él hará hidalgos sus nietos.

MEN. No hables más, calla, calla; ¿dineros tanto habían de postrarme, que a un hombre llano por suegro había de admitir?

NUÑO —Pues antes pensé que ser hombre llano para suegro era importante; pues de otros dicen que son tropezones, en que caen los yernos; y si no has de casarte, ¿por qué haces tantos extremos de amor?

MEN. ¿Pues no hay, sin que yo me case, huelgas en Burgos, adonde llevarla cuando me enfade? Mira, si acaso la ves.

NUÑO Temo, si acierta a mirarme Pedro Crespo. . .

MEN. ¿Qué ha de hacerte, siendo mi criado, nadie? Haz lo que manda tu amo.

NUÑO Sí haré, aunque no he de sentarme con él a la mesa.

MEN. Es propio de los que sirven, refranes.

NUÑO Albricias, que con su prima Inés a la reja sale.

MEN. Dí que por el bello Oriente, coronado de diamantes, hoy, repitiéndose el sol, amanece por la tarde.

ESCENA QUINTA

A la ventana ISABEL e INÉS. Dichos.

INÉS. Asómate a esa ventana, prima, así el cielo te guarde; verás los soldados que entran en el lugar.

ISA. No me mandes que a la ventana me ponga,

- estando este hombre en la calle,
Inés, pues ya cuanto el verle
en ella me ofende, sabes,
- INÉS. En notable tema ha dado
de servirte y festejarte.
- ISA. No soy más dichosa yo.
- INÉS. A mi parecer mal haces
de hacer sentimiento de esto.
- ISA. ¿Pues qué había de hacer?
- INÉS. Donaire.
- ISA. ¿Donaire de los disgustos?
- MEN. *(Acercándose.)*
Hasta aqueste mismo instante
jurara yo, a fe de hidalgo,
que es juramento inviolable
que no había amanecido,
mas ¿qué mucho que lo extrañe
hasta que a vuestras auroras
segundo día les sale?
- ISA. Ya os he dicho muchas veces,
señor Mendo, cuanto en balde
gastáis finezas de amor,
locos extremos de amante
haciendo todos los días
en mi casa y en mi calle.
- MEN. Si las mujeres hermosas
supieran cuánto las hace
más hermoso el enojo,
el rigor, desdén y ultraje,
en su vida gastarían
más afeite que enojarse;
hermosa estáis, por mi vida,
decid, decid más pesares.
- ISA. Cuando no baste el decirlos,
don Mendo, el hacerlos baste
de aquesta manera: Inés,
éntrate acá dentro, y dale
con la ventana en los ojos. *(Váse.)*
- INÉS. Señor caballero andante,
que de aventurero entráis
siempre en lindes semejantes,
porque de mantenedor
no era para vos tan fácil,
amor os provea. *(Váse.)*
- MEN. Inés,
las hermosuras se salen
con cuanto ellas quieren. —¿Nuño?
- NUÑO. ¡Oh, qué desairados nacen
todos los pobres!

ESCENA SEXTA

Dichos: PEDRO CRESPO, luego JUAN CRESPO

- CRES. ¿Que nunca
entre y salga yo en mi calle,
que no vea a este hidalgo
rondar por ella muy grave!
- NUÑO. Pedro Cresco viene aquí. *(Aparte.)*
- MEN. Vamos por estotra parte,
que es villano malicioso,

- (Sale JUAN, hijo de CRESPO.)*
JUAN. ¡Que siempre que venga, halle
esta fantasma a mi puerta,
calzado de frente y guante!
- NUÑO. Pero acá viene su hijo. *(Aparte.)*
- MEN. No te turbes, ni embaraces.
- CRES. Mas Juanito viene aquí. *(Aparte.)*
- JUAN. Pero aquí viene mi padre. *(Aparte.)*
- MEN. Disimula. — Pedro Crespo,
Dios os guarde.

(Vánse MENDO y NUÑO.)

ESCENA SÉPTIMA

PEDRO y JUAN CRESPO

- CRES. Dios os guarde:
él ha dado en porfiar,
y alguna vez he de darle
de manera que le duela
- JUAN. Algún día he de enojarme —
¿De dónde bueno, señor?
- CRES. De las eras; que esta tarde
salí a mirar la labranza,
y están las parbas notables
de manojos y montones,
que parecen, al mirarse,
desde lejos, montes de oro,
y aun oro de más quilates;
pues de los granos de aqueste,
es todo cielo el contraste.
Allí el bieldo, hiriendo a soplos
el viento en ellos suave,
deja en esta parte el grano,
y la paja en la otra parte,
que aún allí lo más humilde
da el lugar a lo más grave.
¡Oh, quiera Dios que en las trojes
yo llegue a encerrarlo antes
que algún turbión me lo lleve,
o algún viento me lo tale?
Tú, ¿qué has hecho?
- JUAN. No sé como
decirlo, sin enojarte;
a la pelota he jugado
dos partidos esta tarde
y entrambos los he perdido.
- CRES. Haces bien, si los pagaste,
- JUAN. No los pagué, que no tuve
dineros para ello; antes
vengo a pedirte, señor...
- CRES. Pues escucha antes de hablarme.
Dos cosas no has de hacer nunca:
no ofrecer lo que no sabes
que has de cumplir, ni jugar
más de lo que está delante,
porque si por accidente
falta, tu opinión no falte.
- JUAN. El consejo es como tuyo,

y porque debo estimarle,
he de pagarte con otro.

CRES. En tu vida no has de darle
consejo al que ha menester
dinero.

JUAN. Bien te vengaste. (*Vánse.*)

ESCENA VIII

SARGENTO y PEDRO.

(*Zaguán de la casa de PEDRO CRESPO.*)

SARG. ¿Vive Pedro Crespo aquí?

CRES. ¿Hay algo que usted le mande?

SARG. Traer a su casa la ropa
de don Alvaro de Ataíde,
que es el capitán de aquesta
compañía, que esta tarde
se ha alojado en Zalamea.

CRES. No digáis más; eso baste,
que para servir al rey,
y al rey en sus capitanes,
está mi casa y mi hacienda;
y en tanto que se le hace
el aposento, dejad
la ropa en aquella parte,
e id a decirle que venga
cuando su merced mandare,
a que se sirva de todo.

SARG. El vendrá luego al instante. (*Váse.*)

ESCENA IX

PEDRO y JUAN.

JUAN. ¿Qué quieres, siendo tan rico,
vivir a estos hospedajes
sujeto?

CRES. Pues, ¿cómo puedo
excusarlos, ni excusarme?

JUAN. Comprando una ejecutoría.

CRES. Dime por tu vida; ¿hay alguien
que no sepa que yo soy,
si bien de limpio linaje,
hombre llano? No por cierto,
pues, ¿qué gano yo en comprarle
una ejecutoría al rey,
si no le compro la sangre?
¿Dirán entonces que soy
mejor que ahora? Es dislate.
Pues, ¿qué dirán? que soy noble
por cinco o seis mil reales,
y esto es dinero y no es honra,
que honra no la compra nadie.
¿Quieres aunque sea trivial,
un ejemplillo escucharme?
Es calvo un hombre mil años,
y al cabo de ellos se hace
una cabellera; éste,
en opiniones vulgares,
¿deja de ser calvo? No.
Pues, ¿qué dicen al mirarle?

—«Bien puesta la cabellera
trae fulano,»—pues, ¿qué hace,
si aunque no le vean la calva,
todos que la tiene saben?

JUAN. Enmendar su vejación,
remediarse de su parte,
y redimir las molestias
del sol, del hielo y del aire.

CRES. Yo no quiero honor postizo,
que en defecto ha de dejarme
en casa, villanos fueron
mis abuelos y mis padres;
sean villanos mis hijos.
Llama a tu hermana.

JUAN. Ella sale.

ESCENA X

ISABEL, INÉS y DICHO.

CRES. Hija, el rey nuestro señor,
que el cielo mil años guarde,
va a Lisboa, porque en ella
solicita coronarse
como legítimo dueño,
a cuyo efecto, marciales
tropas caminan con tantos
aparatos militares,
hasta bajar a Castilla
el tercio viejo de Flóndes,
con un don Lope, que dicen
todos que es español Marte.
Hoy han de venir a casa
soldados, y es importante
que no te vean; así, hija,
al punto has de retirarte
en esos desvanes, donde
yo vivía.

ISA. A suplicarte
me dieses esa licencia
venía yo. Sé que el estarme
aquí, es estar solamente
a escuchar mil necesidades.
Mi prima y yo en este cuarto
estaremos sin que nadie,
ni aun el mismo sol, hoy sepa
de nosotras.

CRES. Dios os guarde.
Juanito, quédate aquí,
recibe a huéspedes tales,
mientras busco en el lugar
algo con que regalarles.

ISA. Vamos, Inés.

INÉS. Vamos, prima;
mas tengo por disparate
el guardar a una mujer,
si ella no quiere guardarse. (*Váse.*)

ESCENA XI

EL CAPITÁN, el SARGENTO y JUAN.

SAR. Esta es, señor, la casa.

CAP. Pues del cuerpo de guardia al punto
(pasa.)
toda mi ropa

SARG. Quiero.
registrar la villana lo primero. (*Váse.*)

JUAN. Vos seáis bien venido
a aquesta casa, que ventura ha sido
grande venir a ella un caballero
tan noble como en vos le considero.
¡Qué galán! ¡qué alentado! (*aparte*)
envidia tengo al traje de soldado.

CAP. Vos seáis bien hallado.

JUAN. Perdonárais no estar acomodado;
que mi padre quisiera,
que hoy un alcazar esta casa fuera:
él ha ido a buscaros
que comáis; que desea regalaros,
y yo voy a que esté vuestro aposento
aderezado.

CAP. Agradecer intento
la merced y el cuidado.

JUAN. Estaré siempre a vuestros pies postrado.
(*Váse.*)

ESCENA XII

Salen el CAPITÁN y el SARGENTO

CAP. ¿Qué hay, sargento? has ya visto
a la tal labradora?

SARG. ¡Vive Cristo!
que con aqueste intento
no he dejado cocina ni aposento,
y no la he encontrado.

CAP. Sin duda el villachón la ha retirado.

SARG. Pregunté a una criada
por ella, y respondiome que ocupada
su padre la tenía

en ese cuarto alto, y que no había
de bajar nunca acá: que es muy celoso.

CAP. ¿Qué villano no ha sido malicioso?
Si acaso aquí la viera,
de ella caso no hiciera;
y sólo porque el viejo la ha guardado,
deseo, vive Dios, de entrar me ha dado
donde está

SARG. Pues ¿qué haremos,
para que allá, señor, con causa entremos
sin dar sospecha alguna?

CAP. Sólo por tema la he de ver, y una
industria he de buscar.

SARG. Aunque no sea
de mucho ingenio para quien la vea
hoy, no importará nada,
que con eso será más celebrada.

CAP. Oyela, pues, ahora.

SARG. Dí, ¿qué ha sido?

CAP. Tú has de fingir, mas no, pues ha venido
ese soldado, que es más despejado,
él fingirá mejor lo que he trazado.

ESCENA XIII

REBOLLEDO, CHISPA y dichos,

REB. Con este intento vengo
a hablar al capitán, por ver si tengo
dicha en algo.

CHIS. Pues háblale de modo
que le obligues, que en fin, no ha de seo
(todo)

desatino y locura.

REB. Préstame un poco tú de tu cordura.

CHIS. Poco y mucho pudiera.

REB. Mientras hablo con él aquí me espera.

(*Se acerca al capitán.*)

yo vengo a suplicarte. . .

CAP. En cuanto puedo
ayudaré, por Dios a Rebollo, por
porque me ha aficionado
su despejo y su brio.

SAR. Es gran soldado.

CAP. Pues ¿qué hay que se ofrezca?

REB. Yo he perdido
cuanto dinero tengo y he tenido,
y he de tener, porque de pobre jur
en presente, pretérito y futuro;
hágaseme merced de que, por vía
de ayudilla de costa, aqueste día
el alférez me dé. . .

CAP. Diga, ¿qué intenta?

REB. El juego del boliche por mi cuenta;
que soy hombre cargado
de obligaciones, y hombre al fin honrado,

CAP. Digo que eso es muy justo,
y el alférez sabrá que ese es mi gusto.

CHIS. Bien le habla el capitán ¡oh! si me viera
llamar de todos ya la bolichera.

REB. Darele ese recado.

CAP. Oye, primero
que le lleves, de tí fiarme quiero
para cierta invención que he imaginado
con que salir espero de un cuidado.

REB. Pues ¿qué es lo que guarda?
lo que tarda en saberse es lo que tarda
en hacerse.

CAP. Escúchame: yo intento

subir a este aposento,
por ver si en él una persona habita,
que de mí hoy esconderse solicita.

REB. ¿Pues por qué a él no subes?

CAP. No quisiera
sin que alguna color para esto hubiera,
por disculparlo más, y así fingiendo,
que yo riño contigo, has de irte huyendo
por ahí arriba; entonces yo enojado
la espada sacaré; tú muy turbado
has de entrar hasta donde
la persona que busco se me esconde.

REB. Bien informado quedo.

CHIS. (*Ap.*) Pues habla el capitán con Rebollo

- hoy de aquesta manera.
desde hoy me llamarán la bolichera.
- REB. (*Levantando la voz*).
¡Vive Dios! que han tenido
esta ayuda de costa que he pedido,
un ladrón, un gallina y un cuitado,
y ahora que la pide un hombre honrado,
no se la dan?
- CHIS. Ya empieza su tronera.
- CAP. Pues ¿cómo me habla a mí de esa manera?
- REB. ¿No tengo de enojarme
cuando tengo razón?
- CAP. No, ni ha de habiarme;
y agradezca que sufro aquese exceso.
- REB. Ucé es mi capitán, solo por eso
callaré; mas, por Dios, que si tuviera
la bengala en mi mano. . .
- CAP. ¿Qué me hiciera?
- CHIS. Tente, señor, su muerte considero
- REB. Que me hablara mejor.
- CAP. ¿Qué es lo que espero,
que no doy muerte a un pícaro atrevido?
- REB. Huyo por el respeto que he tenido
a esa insignia.
- CAP. Aunque huyas,
te he de matar.
- CHIS. Ya él hizo de las suyas.
- SAR. Tente, señor.
- CHIS. Escucha. . .
- SAR. Aguarda, espera . . .
- CHIS. Ya no me llamarán la bolichera.

ESCENA XIV

CHISPA, SOLDADOS, PEDRO, CRESPO, JUAN
y LABRADORES.

- JUAN. Acudid todos presto.
- CRES. ¿Qué ha sucedido aquí?
- JUAN. ¿Qué ha sido esto?
- CHIS. Que la espada ha sacado
el Capitán aquí para un soldado,
y esta escalera arriba
tras sube él.
- CRES. ¿Hay suerte más esquivá?
- CHIS. Subid todos tras él.
- JUAN. Acción fué vana
esconder a mi prima y a mi hermana.
(*Vánse.*)

ESCENA XV

(*Habitación de ISABEL*)

ISABEL, INÉS, REBOLLEDO huyendo.

- REB. Señoras, pues siempre ha sido
sagrado el que templo, hoy
sea mi sagrado aquí este,
puesto que es templo de amor.
- ISA. ¿Quién a huir de esa manera
os obliga?
- INÉS. ¿Qué ocasión

tenéis de entrar hasta aquí?
¿Quién os sigue, o busca?

ISA.

ESCENA XVI

EL CAPITÁN, el SARGENTO y DICHO

CAP.

YO;

que tengo de dar la muerte
al pícaro, vive Dios,
si pensase. . .

ISA.

Deteneos
siquiera porque, señor,
vino a valerse de mí,
que los hombres como vos,
han de amparar las mujeres,
sí no por lo que ellas son,
porque son mujeres, que esto
basta, sieudo vos quien sois.

CAP.

No pudiera otro sagrado
librarle de mi furor,
sino vuestra gran belleza,
por ella vi ja te doy;
pero mirad que no es bien,
en tan precisa ocasión,
hacer vos el homicidio
que no queréis que haga yo.

ISA.

Caballero, si cortés
ponéis en obligación
nuestras vidas, no zozobre
tan presto la intercesión.
Que dejéis este soldado
os suplico, pero no
que cobréis de mí la deuda,
a que agradecida estoy.

CAP. No sólo vuestra hermosura
es de rara perfección;
pero vuestro entendimiento
lo es también, porque hoy en vos
alianza están jurando
hermosura y discreción.

ESCENA XVII

PEDRO CRESPO, JUAN y DICHO

CRES.

¿Cómo es eso, caballero?
Cuando pensó mi temor
hallaros matando un hombre,
os hallo. . .

ISA.

¡Válgame Dios!

CRES.

¿Requebrando una mujer?
Muy noble sin duda sois,
pues que tan presto se os pasan
los enojos.

CAP.

Quien nació
con obligaciones, debe
acudir a ellas; y yo
al respeto de esta dama
suspendí todo el furor.

CRES.

Isabel es hija mía,
y es labradora, señor,
que no dama.

JUAN. ¡Vive el cielo
que todo ha sido invención
para haber entrado aquí! (*Aparte*)
Corrido en el alma estoy
de que piensen que me engañan,
y no ha de ser, vive Dios —
Señor capitán, pudieras
ver con segura atención
lo que mi padre desea
hoy serviros, para no
haberle hecho este agravio.

CRES. ¿Quién os mete en eso a vos,
rapaz? ¿Qué disgusto ha habido?
¿Si el soldado le enojó,
no había de ir tras él? Mi hija
estima mucho el favor
de él haberle perdonado,
y el de su respeto yo.

CAP. Claro está que no habrá sido
otra causa; y ved mejor
lo que decís.

JUAN. Ya lo he visto
muy bien.

CRES. ¿Pues cómo habláis vos
así?

CAP. Porque estáis delante
más castigo no le doy
a este rapaz.

CRES. Deteneos,
señor capitán, que yo
puedo tratar a mi hijo
como quisiere, y no vos.

JUAN. Y yo sufrirlo a mi padre,
mas a otra persona no.

CAP. ¿Qué habíais de hacer?

JUAN. Perder
la vida por la opinión.

CAP. ¿Qué opinión tiene un villano?

JUAN. Aquella misma que vos,
que no hubiera un capitán
si no hubiera un labrador.

CAP. Vive Dios que ya es bajeza
sufrirlo.

CRES. Ved que yo estoy
de por medio. (*Sacan las espadas.*)

REB. Vive Cristo,
Chispa, que ha de haber hurgón.

CHIS. ¡Aquí del cuerpo de guardia!

REB. Don Lope, ojo avizor.

ESCENA XVIII

DON LOPE DE FIGUEROA Y DICHOS.

LOPE. ¿Qué es aquesto? ¿La primera
cosa que he de encontrar hoy,
acabado de llegar,
ha de ser una cuestión?

CAP. ¡A qué mal tiempo don Lope
de Figueroa llegó!

CRES. (*Ap.*) Por Dios que se las tenía
con todos el rapagón.

LOPE. ¿Qué ha habido? ¿Qué ha sucedido?
¡Hablad, porque vive Dios,
que a hombres, mujeres y casa
eche por un corredor;
no me basta haber subido
hasta aquí con el dolor
de esta pierna, que los diablos
llevaran, amén, sino
no decirme aquesto ha sido?

CRES. Todo ello es nada, señor.

LOPE. Hablad, decid la verdad.

CAP. Pues es que alojado estoy
en esta casa: un soldado...

LOPE. Decid.

CAP. Ocasión me dió
a que sacase con él
la espada; hasta aquí se entró
huyendo, entréme tras él
donde estaban esas dos
labradoras, y su padre,
o su hermano, o lo que son,
se han disgustado de que
entrase hasta aquí.

LOPE. Pues yo
a tan buen tiempo he llegado
satisfaré a todos hoy.
¿Quién fué el soldado, decid,
que a su capitán le dió
ocasión de que sacase
la espada?

REB. ¿Qué pago yo
por todos?

ISA. Aqueste fué
el que huyendo hasta aquí entró.

LOPE. Dénle dos tratos de cuerda.

REB. Tra... ¿qué han de darme, señor?

LOPE. Tratos de cuerda.

REB. Yo hombre
de aquesos tratos no soy

CRES. De esta vez me lo estropean.

CAP. ¡Ah, Rebolledo! Por Dios (*Aparte*)
que nada digas; yo haré
que te libren.

REB. ¿Cómo no
lo he de decir? Pues si callo
los brazos me pondrán hoy
atrás, como mal soldado
El capitán me mandó
que fingiese la pendencia
para tener ocasión
de entrar aquí.

CRES. Ved ahora
si hemos tenido razón

LOPE. No tuvisteis para haber
así puesto en ocasión
de perderse este lugar.
Echad un bando, tambor,
que al cuerpo de guardia vayan

los soldados como son,
y que no salga ninguno,
pena de muerte, en todo hoy:
y para que no quedeis
con aqueste empeño vos,
y vos con este disgusto,
y satisfechos los dos,
buscad otro alojamiento,
que yo en esta casa estoy
desde hoy alojado, en tanto
que a Guadalupe me voy,
donde está el rey.

CAP. Tus preceptos
órdenes precisas son
para mí.

ESCENA XIX

LOPE, PEDRO CRESPO, ISABEL, e INÉS,

CRES. Entráos allá dentro.
(*Vánse ISABEL e INÉS.*)

Mil gracias, señor, os doy,
por la merced que me hicisteis
de excusarme la ocasión
de perderme.

D LO. Cómo habláis
decid, de perderos vos?

CRES. Dando muerte a quien pensara,
ni aun el agravio menor.

D LO. ¿Sabéis, vive Dios, que es
capitán?

CRES. Sí, vive Dios,
y aunque fuera general
en tocando mi opinión,
le matara.

D LO. A quien tocara,
ni aun al soldado menor,
sólo un pelo de la ropa,
viven los Cielos, que yo
le ahorcara.

CRES. A quien se atreviera
a un átomo de mi honor,
viven los cielos también,
que también le ahorcara yo.

D LO. ¿Sabéis que estáis ob'igado
a sufrir, por ser quien sois,
estas cargas?

CRES. Con mi hacienda;
pero con mi fama no.
Al rey, la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.

D LO. Vive Cristo, que parece
que vais teniendo razón.

CRES. Sí, vive Cristo, porque
siempre la he tenido yo.

D LO. Yo vengo cansado, y esta
pierna que el diablo me dió
ha menester descansar.

CRES. ¿Pues quién os dice que no?
Ahí me dió el diablo una cama,
y servirá para vos.

D LO. ¿Y dióla hecha el diablo?

CRES. Sí.

D LO. Pues a deshacerla voy,
que estoy, vive Dios, cansado.

CRES. Pues descansad, vive Dios.

D LO. Testarudo es el villano;
también jura como yo.

CRES. Caprichudo es el don Lope,
no haremos migas los dos.



JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

(*Decoración de calle.*)

MENDO y NUÑO.

MEN. ¿Quién te contó todo aqueso?

NUÑO Todo esto contó Ginesa
su criada.

MEN. El capitán
después de aquella pendencia
que en su casa tuvo, fuese
ya verdad, o ya cautela.
¿Ha dado en enamorar
a Isabel?

NUÑO Y es de manera
que tan poco humo en su casa
él hace, como en la nuestra
nosotros: en todo el día
se ve apartar de la puerta,
no hay hora que no la envíe
recado, con ellos entra
y sale un mal soldadillo,
confidente suyo.

MEN. Cesa,
que es mucho veneno, mucho,
para que el alma no beba
de una vez.

NUÑO Y más no habiendo
en el estómago fuerzas
con que resistirle.

MEN. Hablemos
un rato, Nuño, de veras.

NUÑO. Pluguera a Dios fueran burlas.

MEN. ¿Y qué le responde ella?

NUÑO Lo que a ti, porque Isabel
es deidad hermosa y bella,
a cuyo cielo no empañan,
los vapores de la tierra.

MEN. Buenas nuevas te dé Dios.

NUÑO A tí te dé mal de muelas,
que me has quebrado dos dientes:
más bien has hecho si intentas
reformularlos por familia,

que no sirve ni aprovecha.
El capitán.

- MEN. Vive Dios,
si por el honor no fuera
de Isabel, que le matara.
NUÑO Mas mira por tu cabeza.

ESCENA II

EL CAPITÁN, el SARGENTO REBOLLEDO y DICHS

- MEN. Escucharé retirado;
aquí a esta parte llega.
CAP. Este fuego, esta pasión,
no es amor sólo, que es tema,
es ira, es rabia, es furor.
REB. ¡Oh, nunca, señor, hubieras
visto la hermosa villana,
que tantas ansias te cuesta!
CAP. ¿Qué te dijo la criada?
REB. ¿Ya no sabes sus respuestas?
MEN. Esto ha de ser, pues ya tiende
la noche sus sombras negras;
antes que se haya resuelto
a lo mejor mi prudencia,
ven a armarme.
NUÑO Pues ¿qué tienes
más armas, señor, que aquellas
que están en un azulejo
sobre el marco de la puerta?
MEN. En mi guardanés presumo
que hay para tales empresas
algo que ponerme.
NUÑO Vamos
sin que el capitán lo sienta. (*Váuse.*)

ESCENA III

EL CAPITÁN, el SARGENTO y REBOLLEDO

- CAP. Que en una villana haya
tan hidalga resistencia,
que no me haya respondido
una palabra siquiera
apacible.
SARG. Estas, señor,
no de los hombres se prendan
como tú; si otro villano
la festejara y sirviera,
hiciera más caso de él.
fuera de que son tus quejas
sin tiempo: si has de ir
mañana, ¿para qué intentas
que una mujer en un día
te escuche y te favorezca?
CAP. En un día el sol alumbraba,
y falta; en un día se trueca
un reino todo; en un día
es edificio una peña;
en un día una batalla
perdida, victoria ostenta;
en un día tiene el mar
tranquilidad y tormenta;

en un día nace un hombre
y muere: luego pudiera
en un día ver mi amor
sombra y luz como planeta,
pena y dicha como imperio,
gente y brutos como selva,
paz e inquietud como mar,
triunfo y ruina como guerra,
vida y muerte como dueño
de sentidos y potencias;
y habiendo tenido edad
en un día su violencia
de hacerme tan desdichado,
¿por qué, por qué no pudiera
tener edad en un día
de hacerme dichoso? ¿es fuerza
que se engendren más despaño
las glorias que las ofensas?

- SARG. Verla una vez solamente
¿a tanto extremo te esfuerza?
CAP. ¿Qué más causa había de haber,
llegando a verla, que verla?
De una sola vez a incendio
crece una breve pavesa;
de una vez sola un abismo
sulfúreo volcán revienta;
de una vez se enciende el rayo,
que destruye cuanto encuentra;
de una vez escupe horror
la más reformada pieza;
de una vez amor, que mucho
fuego de cuatro maneras,
mina, incendio, pieza y rayo,
postre, abraza, asombre y hiera.
SARG. ¿No decías que villanas
nunca tenían belleza?
CAP. Y aun aquesta confianza
me mató, porque el que piensa
que va a un peligro, ya va
prevenido a la defensa;
quien va a una seguridad,
es el que más riesgo lleva
por la novedad que halla.
fracaso un peligro encuentra.
Pensé hallar una villana;
si hallé una deidad, ¿no era
preciso que peligrase
en mi misma inadvertencia?
En toda mi vida vi
más divina, más perfecta
hermosura; ¡ay, Rebollo,
no sé qué hiciera por verla!
REB. En la campaña hay soldado
que canta por excelencia,
y la Chispa, que es mi alcaldía
del boliche, es la primera
mujer en jacarear;
haya, señor, jira y fiesta
y música a su ventana,
que con esto podrás verla,

- y aun hablarla.
CAP. Como está don Lope allí, no quisiera despertarle.
REB. Pues don Lope, cuando duerme con su pierna, fuera, señor, que la culpa, si se entiende, será nuestra, no tuya, si de rebozo vas en la tropa.
CAP. Aunque tengas mayores dificultades pase por todas mi pena. Juntaos todos esta noche: mas de suerte, que no entiendan que yo mando. ¡Ah Isabel, qué de cuidados me cuestas!
(Vánse el CAPITÁN y el SARGENTO.)

ESCENA IV

CHISPA, REBOLLEDO y SOLDADOS.

- CHIS.** Téngase.
REB. Chispa, ¿qué esto eso?
CHIS. Ahí un pobrete que queda con un rasguño en el rostro.
REB. Pues ¿por qué fué la pena?
CHIS. Sobre hacerme alicantina del barato de hora y media, que estuvo echando las bolas, teniéndome muy atenta así eran pares o eran nones, canséme y dile con esta:
(Enseña una daga.)
 mientras que con el barbero poniéndose en puntos queda, vamos al cuerpo de guardia, que allá te daré la cuenta
REB. Bueno es estar de molina, cuando vengo yo de fiesta.
CHIS. Pues ¿qué estorba el uno al otro? aquí está la castañeta; ¿qué se ofrece, qué canta?
REB. Ha de ser cuando anochezca, y música más fundada: vamos y no te detengas: anda hacia el cuerpo de guardia
CHIS. Fama ha de quedar eterna de mí en el mundo, que soy Chispilla la bolichera. *(Vánse.)*

ESCENA V

(Terrado de la casa de PEDRO CRESPO.)

PEDRO CRESPO, D. LOPE DE FIGUEROA y JUAN

- CRES.** En este paso que está más fresco, poner la mesa al señor don Lope; aquí os sabrá mejor la cena, que al fin, los días de Agosto

- no tiene más recompensa que sus noches.
D. Lo. Apacible estancia en extremo es esta.
CRES. Un pedazo de jardín en que mi hija se divierta. Sentaos que el viento suave que en las blandas hojas suena de estas parras y estas copas, mil cláusulas lisonjeras hace al compás de esta fuente, cítara de plata y perlas, porque son en trastes de oro las gorjas templadas cuerdas. Perdonad, si de instrumentos solos la música suena, sin cantores que os deleiten, sin voces que os entretengan, que como músicos son los pájaros que gorjean, no quieren cantar de noche, ni yo puedo hacerles fuerza: sentáos, pues, y divertid esa continua dolencia.
D. Lo. No podré, que es imposible que divertimento tenga: ¡válgame Dios!
CRES. Valga, amén.
D. Lo. Los cielos me den paciencia; sentáos, Crespo.
CRES. Yo estoy bien.
D. Lo. Sentáos.
CRES. Pues me dáis licencia. digo, señor que obedezco, aunque excusarlo pudiérais.
(Siéntase PEDRO CRESPO.)
D. Lo. ¿No sabéis que he reparado Que ayer la cólera vuestra os debió de enajenar de vos?
CRES. Nunca me enajena a mí de nada
D. Lo. ¿Pues cómo ayer, vos sin que os dijera que os sentárais, os sentásteis, y aun en la silla primera?
CRES. Porque no me lo digísteis, y hoy que lo decís, quisiera no hacerlo: la cortesía tenerla con quien la tenga.
D. Lo. Ayer todo erais reniegos, por vidas, votos y pésias, y hoy estáis más apacible, con más gusto y más prudencia.
CRES. Yo, señor, respondo siempre en el tono y en la letra que me hablan: ayer vos así hablábais y era fuerza que fuera de un mismo tono.

la pregunta y la respuesta.
Demás, de que ya he tomado
por política discreta,
jurar con aquel que jura,
rezar con aquel que reza.
A todo hago compañía,
y es aquesto de manera,
que en toda la noche pude
dormir, en la pierna vuestra
pensando, y amanecí
con dolor en ambas piernas;
que por no errar la que os duele,
si es la izquierda, o la derecha,
me dolieron a mí entrambas;
decidme, por vida vuestra,
cuál es, y sépalo yo,
por qué una sola me duela.

D Lo. No tengo mucha razón
de quejarme, si ya treinta
años. que asistiendo en Flandes
al servicio de la guerra,
el invierno con la escarcha,
y el verano con la fuerza
del sol, nunca descansé,
y no he sabido que sea
estar sin dolor una hora.

CRES. Dios, señor, os dé paciencia.

D Lo. ¿Para qué la quiero yo?

CRES. No os la dé.

D Lo. Nunca acá venga,
sino que dos mil demonios
carguen conmigo y con ella.

CRES. Amén, y si no lo hace,
es por no hacer cosa buena.

D Lo. ¡Jesús mil veces, Jesús!

CRES. Con vos y conmigo sea.

D Lo. ¡Vive Cristo, que me muero!

CRES. Vive Cristo que me pesa.
(Saca la mesa JUAN.)

JUAN. Ya tienes la mesa aquí.

D Lo. ¿Cómo a servirla no entran
mis criados?

CRES. Yo, señor,
dije, con vuestra licencia,
que no entraran a serviros,
y que en mi casa no hicieran
prevenciones, que a Dios gracias,
pienso que no os falte en ella
nada.

D Lo. Pues no entran criados,
hacedme merced que venga
vuestra hija aquí a cenar
conmigo.

CRES. Dila que venga
tu hermana al instante, Juan.

D Lo. Mi poca salud me deja
sin sospecha en esa parte. (Vase JUAN.)

CRES. Aunque vuestra salud fuera,
señor, la que yo deseo,
me dejara sin sospecha;

agravio hacéis a mi amor,
que nada de eso me inquieta;
pues decirla que no entrara
aquí, fué con advertencia,
de que no estuviese a oír
ociosas impertinencias,
que si todos los soldados
cortesés como vos fueran,
ella había de asistir
a servirlos la primera.

D Lo. ¡Qué ladino es el villano! (*Aparte.*)
¡Oh, cómo tiene prudencia!

ESCENA VI

JUAN, ISABEL, INÉS Y DICHOS

ISA. ¿Qué es, señor, lo que me mandas?

CRES. El señor don Lope intenta
honoraros, él es que llama.

ISA. Aquí está una esclava vuestra.

D Lo. Serviros intento yo.

¡Qué hermosura tan honesta! (*Aparte.*)
Que cenéis conmigo quiero.

ISA. Mejor es que a vuestra cena
sirvamos las dos.

D Lo. Sentáos.

CRES. Sentáos, haced lo que ordena
el señor don Lope

ISA. Está
el mérito en la obediencia.
(*Siéntanse y tocan dentro guitarras.*)

D Lo. ¿Qué es aquello?

CRES. Por la calle
los soldados se pasean
tocando y cantando.

D Lo. Mal
los trabajos de la guerra
sin aquesta libertad
se llevaran, que es estrecha
religión la de un soldado,
y darla ensanches es fuerza.

JUAN. Con todo eso es linda vida.

D Lo. ¿Fuérais vos con gusto a ella?

JUAN. Sí, señor, como llevara
por amparo a vuecelencia.

DENT. Mejor se cantará aquí.

REB. (*Dentro.*) Vaya a Isabel una letra,
y porque despierte, tira
a su ventana una piedra.

CRES. A ventana señalada (*Aparte.*)
va la música, paciencia.

(*Cantan dentro.*)
«Las flores del romero,
niña Isabel,
hoy son flores azules,
y mañana serán miel.»

D Lo. Música, vaya: más esto
de tirar, es desvergüenza,
y a la casa donde estoy (*Aparte.*)
venirse a dar cantaletas;



pero disimularé
por Pero Crespo y por ella.
¡Qué travesuras!

CRES. Son mozos:
si por don Lope no fuera, (*Aparte.*)
yo les hiciera...

JUAN. Si yo (*Aparte.*)
una rodelilla vieja,
que en el cuarto de don Lope
está colgada, pudiera
sacar... (*Hace que se va.*)

CRES. ¿Dónde vais, mancebo?

JUAN. Voy a que traigan la cena.

Dentro voces.

Despierta, Isabel, despierta.

ISA. ¿Qué culpa tengo yo, cielos,
para estar a esto sujeta? (*Aparte.*)

D LO. Ya no se puede sufrir,
porque es cosa muy mal hecha.

(Arroja DON LOPE la mesa.)

CRES. Pues, y como que lo es.

(Arroja PEDRO CRESPO la silla.)

D LO. Lléveme de mi paciencia:
¿no es, decidme, muy mal hecho,
que tanto una pierna duela?

CRES. De eso mismo hablaba yo.

D LO. Pensé que otra cosa era...
¡como arrojásteis la silla!

CRES. Como arrojáteis la mesa
vos, no tuve que arrojar
otra cosa ya más cerca.
Disimulemos, honor. (*Aparte.*)

D LO. ¡Quién en la calle estuviera! (*Aparte.*)
Ahora bien, cenar no quiero;
retiraos.

CRES. Enhorabuena.

D LO. Señora, quedad con Dios.

ISA. El cielo os guarde.

D LO. ¿A la puerta (*Aparte.*)

de la calle no es mi cuarto,
y en él no está una rodelita?

CRES. ¿No tiene puerta el corral, (*Aparte.*)
y yo una espadilla vieja?

D LO. Buenas noches.

CRES. Buenas noches.
Encerraré por defuera (*Aparte.*)
a mis hijos.

D LO. Dejaré
un poco la casa quieta, (*Aparte.*)

ISA. ¡Oh, qué mal, cielos (*Aparte.*)
disimulan que les pesa!

INÉS. Mal el uno por el otro
van haciendo la deshecha.

CRES. Hola, mancebo.

JUAN. ¿Señor?

CRES. Acá está la cama vuestra. (*Vánse.*)

ESCENA VII

Decoración de calle.

EL CAPITÁN, el SARGENTO, CHISPA y REBOLLEDO,
con guitarras, y SOLDADOS.

REB. Mejor estamos aquí,
el sitio es más oportuno;
tome rancho cada uno.

CHIS. ¿Vuelve la música?

REB. Sí.

CHIS. Ahora estoy en mi centro.

CAP. ¡Que no haya ni una ventana
entreabierto esta villana!

SAR. Pues lo oyen allá dentro.

CHIS. Espera.

SAR. Será a mi costa.

REB. No es más de hasta ver quién es
quien llega.

CHIS. ¿Pues qué, no ves
aquel jinete en la costa?

ESCENA VIII

MENDO con adarga, NUÑO y DICHOS

MEN. ¿Ves bien lo que pasa?

NUÑO No,
no veo bien, pero bien
lo escucho.

MEN. ¿Quién, cielos, quién
esto puede sufrir?

NUÑO Yo.

MEN. ¿Abrirá acaso Isabel
la ventana?

NUÑO Sí abrirá.

MEN. No hará, villano.

NUÑO No hará.

MEN. ¡Ah celos, pena cruel!
veremos si ella ha tenido
culpa de ello.

NUÑO Pues aquí

nos sentemos

MEN. Bien, así

estaré desconocido.

REB. Pues ya el hombre se ha sentado,
si ya no es que ser ordena
alguna alma, que anda en pena
de las cañas que ha jugado,
con su adarga e cuestas; da
voz al aire.

CHIS. Ya él la lleva

REB. Va una jácara tan nueva,
que corra sangre.

CHIS. Sí hará

ESCENA IX

DON LOPE y PEDRO CRESPO a un tiempo con
broqueles. DICHOS.

CHISPA, *canta.*

«Erased cierto sampayo,

la flor de los andaluces,
el jaque de mayor porte
y el rufo de mayor lustre.
Este, pues, a la chillona,
halló un día...

REB. Aquí nos cumple
la fecha, que el asonante
quiere que haya sido en lunes.

CHIS. «Halló, digo, a la chillona,
que, brindando entre dos luces,
ocupaba con el Garlo
la casa de las azumbres.
El Garlo, que siempre fué,
en todo lo que le cumple,
rayo del tejado abajo,
porque era rayo sin nube,
sacó la espada, y a un tiempo
un tajo y revés sacude »

(*Acuchillanos don Lope y Pedro Crespo.*)

CRES. Sería de esta manera.

D Lo. Que sería así, no duden.

(*Métenlos a cuchilladas, y sale don Lope.*)

D Lo. Huyeron, y uno ha quedado
de ellos, que es el que está aquí.

ESCENA X

DON LOPE y PEDRO CRESPO

CRES. Cierto es que el que queda allí,
sin duda es algún soldado.

D Lo. Ni aun este se ha de escapar
sin almaire.

CRES. Ni este quiero
que quede, sin que mi acero
la calle le haga dejar.

D Lo. Huid con los otros.

CRES. Huid vos, (*Riñen.*)
que sabréis huir más bien.

D Lo. Vive Dios, que riñe bien.

CRES. Bien pelea, vive Dios.

ESCENA XI

JUAN, con espada. DICHO

JUAN. Quiera el cielo que le tope;
señor, a tu lado estoy.

D Lo. ¿Es Pedro Crespo?

CRES. Yo soy.

D Lo. ¿Es don Lope?
Sí, es don Lope.
¿No dijisteis que no habíais
de salir? ¿Qué hazaña es ésta?

CRES. Sean disculpa y respuesta
hacer lo que vos hacíais.

D Lo. Aquesta era ofensa mía,
vuestra no.

CRES. No hay que fingir,
que yo he salido a reñir
por haceros compañía.

(*Dentro.*)

A dar muerte, nos juntemos,
a estos villanos.

ESCENA XII

DICHOS, el CAPITÁN, el SARGENTO, CHISPA, RE-
BOLLEDO y SOLDADOS

CAP. Mirad.
D Lo. ¿Aquí no estoy yo? Esperad.
¿De qué son estos extremos?

CAP. Los soldados han tenido,
porque se estaban holgando
en esta calle, cantando
sin alboroto ni ruido,
una pendencia, y yo soy
quien los está deteniendo.

D Lo. Don Alvaro: bien entiendo
vuestra pendencia, y pues hoy
aqueste lugar está
en ojerizas, yo quiero
excusar rigor más fiero;
y, pues amanece ya,
orden doy que en todo el día,
para que mayor no sea
el daño de Zalamea,
saquéis vuestra compañía;
y estas cosas acabadas,
no vuelvan a ser, porque
otra vez la paz pondré,
vive Dios, a cuchilladas.

CAP. Digo que por la mañana
la compañía hará marchar.
La vida me ha de costar, (*Aparte.*)
hermosísima villana.

CRES. Caprichudo es el don Lope;
ya haremos migas los dos. (*Aparte.*)

D Lo. Venfios conmigo vos,
y solo ninguno os tope. (*Vanse.*)

ESCENA XIII

MENDO y NUÑO

MEN. ¿Es algo, Nuño, la herida?

NUÑO Aunque fuera menor, fuera
de mí muy mal recibida,
y mucho más que quisiera.

MEN. Yo no he tenido en mi vida
mayor pena ni tristeza.

NUÑO Yo tampoco.

MEN. Que me enoje
es justo. ¿Que su fiereza
luego te dió en la cabeza?

NUÑO Todo este lado me coge.
(*Tocan un tambor.*)

MEN. ¿Qué es esto?

NUÑO La compañía,
que hoy se va.

MEN. Y es dicha mía,
pues con esto cesarán
los celos del capitán.

NUÑO Hoy se ha de ir en todo el día.

ESCENA XIV

- El CAPITÁN, el SARGENTO y DICHS
- CAP. Sargento, vaya marchando antes que decline el día, con toda la compañía y con prevención; que cuando se esconda en la espuma fría del Océano español ese luciente farol, en ese monte te espero, porque hallar mi vida quiero hoy en la muerte del sol.
- SARG. Calla, está aquí una figura del lugar.
- MEN. Pasar procura sin que entienda mi tristeza; No muestres, Nuño, flaqueza.
- NUÑO ¿Puedo yo mostrar cordura? (*Vanse.*)

ESCENA XV

El CAPITÁN y el SARGENTO

- CAP. Yo he de volver al lugar, porque tengo prevenida una criada, a mirar si puedo por dicha hablar a questa hermosa homicida: dádivas han granjeado que apadrinen mi cuidado.
- SARG. Pues señor, si has de volver, mira que habrás menester volver bien acompañado, porque al fin no hay que que fiar de villanos.
- CAP. Ya lo sé; algunos puedes nombrar que vuelvan conmigo.
- SARG. Haré cuanto me quieras mandar; pero si acaso volviese don Lope, y reconociese al volver...
- CAP. Ese temor quiso también que perdiese en esta parte mi amor. Que don Lope se ha de ir hoy también a prevenir todo el tercio a Guadalupe. Que todo lo dicho supe yéndome ahora a despedir de él porque el rey vendrá, que puesto en camino está.
- SARG. Voy, señor, a obedecerte. (*Vase.*)
- CAP. Que me va la vida advierte.

ESCENA XVI

CAPITÁN, REBOLLEDO y CHISPA

- REB. Señor, a-bricias me da.
- CAP. ¿De qué han de ser, Rebollado?

- REB. Muy bien merecerlas puedo; pues solamente te digo...
- CAP. ¿Qué?
- REB. Que hay un enemigo menos a quien tener miedo.
- CAP. ¿Quién es? dílo presto.
- REB. Aquel mozo, hermano de Isabel; don Lope se le pidió al padre, y él se le dió, y va a la guerra con él. En la calle le he encontrado muy galán, muy alentado, mezclando a un tiempo, señor, rezagos de labrador con primicias de soldado; de suerte, que el viejo es ya quien pesadumbre nos da.
- CAP. Todo nos sucede bien, y más si me ayuda quien esta esperanza me da de que esta noche podré hablarla.
- REB. No pongas duda.
- CAP. Del camino volveré, que ahora es razón que acuda a la gente que se ve ya marchar; los dos seréis los que conmigo vendréis. (*Vase.*)
- REB. Pocos somos, vive Dios, aunque vengan otros dos, otros cuatro y otros seis.
- CHIS. Y yo, si tú has de volver, allá que tengo que hacer, pues no estoy segura yo, ¿si da conmigo el que dió al barbero que coser?
- REB. No sé qué he de hacer de tí; ¿no tendrás ánimo, dí, de acompañarme?
- CHIS. ¿Pues no? vestido no tengo yo, ¿ánimo y esfuerzo?
- REB. Sí: vestido no faltará, que ahí otro del paje está de jineta que se fue.
- CHIS. Pues yo plaza pasaré con él.
- REB. Vamos! que se va la bandera.
- CHIS. Y yo veo ahora, porque en el mundo he cantado, que siempre amor del soldado no dura siquiera un hora.

ESCENA XVII

LOPE, PEDRO CRESPO y JUAN, su hijo.

- D LO. A muchas cosas os soy

ya que tan dichoso ha sido que merece ir por criado vuestro.

D. Lo. Otra vez os afirmo que podéis descuidar de él, que va, señora conmigo.

JUAN. Ya está la litera puesta.

D. Lo. Con Dios os quedad.

CRES. El mismo os guarde.

D. Lo. ¡Ah, buen Pedro Crespo!

CRES. ¡Ah, señor don Lope invicto!

D. Lo. ¿Quién os dijera aquel día primero que aquí nos vimos que habíamos de quedar para siempre tan amigos?

CRES. Yo lo dijera, señor, si allí supiera yo oiros, que erais...

D. Lo. Decid por mi vida,

CRES. Loco de tan buen capricho.

ESCENA XIX

DICHOS MENOS DON LOPE

CRES. En tanto que se acomoda el señor don Lope, hijo ante tu prima y tu hermana, escucha lo que te digo. Por la gracia de Dios, Juan, eres de linaje limpio más que el sol, pero villano: lo uno y lo otro te digo; aquello, porque no humilles tanto tu orgullo y tu brío, que dejes, desconfiado, de aspirar con cuerdo arbitrio a ser más; lo otro, porque no vengas desvanecido a ser menos: igualmente usa de entrambos designios con humildad, porque siendo humilde con recto juicio acordarás lo mejor; y como tal, en olvido pondrás cosas que suceden al revés en los altivos. Cuántos, teniendo en el mundo algún defecto consigo, le han borrado por humildes; y cuántos que no han tenido defecto, se le han hallado por estar ellos mal vistos. Sé cortés sobremanera, sé liberal y partido, que el sombrero y el dinero son los que hacen los amigos; y no vale tanto el oro que el sol engendra en el indio suelo, y que consume el mar,

en extremo agradecido, pero sobre todas esta de darme hoy a vuestro hijo para soldado, en el alma os lo agradezco y estimo.

CRES. Yo os le doy para criado.

D. Lo. Yo os le llevo para amigo, que me ha inclinado en extremo su desenfado y su brío, y la afición a las armas.

JUAN. Siempre a vuestros pies rendido me tendréis y vos veréis de la manera que os sirvo, procurando obedeceros en todo.

CRES. Lo que os suplico es que perdonéis, señor, si no acertare a serviros, porque en el rústico estado, a donde rejas y trillos, palas, hazadas y biellos son nuestros mejores libros, no habrá podido aprender lo que en las palacios ricos enseña la urbanidad política de los siglos

D. Lo. Ya que va perdiendo el sol la fuerza irme determino.

JUAN. Veré si viene, señor, la litera (*Vase*).

ESCENA XVIII

ISABEL e INÉS, DON LOPE, PEDRO CRESPO y luego JUAN

ISA. ¿Y es bien iros, sin que os despidáis de quien tanto desea serviros?

D. Lo. No me fuera sin besaros las manos, y sin pedirlos que liberal perdonéis un atrevimiento digno de perdón; porque no el premio hace el don, sino el servicio. Esta venera, que aunque está de diamantes ricos guarnecida llega pobre a vuestras manos suplico que la toméis, y traigáis por patena en nombre mío.

ISA. Mucho siento que penséis, con tan generoso indicio, que pagáis el hospedaje, pues de honra que recibimos, os somos deudores.

D. Lo. Esto no es paga, sino cariño.

ISA. Por cariño, y no por paga, solamente la recibo: a mi hermano os encomiendo,

como ser uno bien quisto.
 No hables mal de las mujeres;
 la más humilde te digo,
 que es digna de estimación,
 porque al fin de ellas nacimos.
 No riñas por cualquier cosa.
 que cuando en los pueblos miro
 muchos que a reñir se enseñan,
 mil veces entre mí digo:
 aquesta escuela no es
 la que ha de ser, pues colijo,
 que no ha de enseñar un homb
 con destreza, gala y brío
 a reñir, sino a por qué
 ha de reñir, que yo afirmo
 que si hubiera un maestro sólo
 que enseñara, prevenido,
 no el cómo, el por qué se riña,
 todos le dieran sus hijos.
 Con esto, y con el dinero
 que llevas para el camino,
 y para hacer en llegando
 de asiento, un par de vestidos,
 el amparo de Don Lope,
 y mi bendición, yo fio
 en Dios que tengo de verte
 en otro puesto: a Dios, hijo,
 que me enterezcó en hablarte.

JUAN Hoy tus razones imprimo
 en el corazón, adonde
 vivirán mientras yo vivo:
 dame tu mano, y tu hermana,
 los brazos, que ya ha partido
 Don Lope, mi señor, y es
 fuerza alcanzarlo.

ISA. Los míos
 bien quisieran detenerte.

JUAN. Prima, adiós.

INÉS. Nada te digo
 con la voz, porque los ojos
 hurtan a lo voz su oficio:
 adiós.

CRES. Ea, vete presto.
 que cada vez, que te miro
 siento más el que te vayas,
 y ha de ser, porque lo he dicho,

JUAN. El cielo con todos quede. (*Váse.*)

CRES. El cielo vaya contigo.

ESCENA XX

DICHOS MENOS JUAN.

ISA. ¡Notable crueldad has hecho!

CRES. Ahora que no le miro,
 hablaré más consolado:
 que habia de hacer conmigo,
 sino ser toda su vida
 un holgazán, un perdido?
 Váyase a servir al rey.

ISA. Que de noche haya salido

me pesa a mí.

CRES. Caminar
 de noche por el estío,
 antes es comodidad
 que fatiga; y es preciso
 que a Don Lope alcance luego
 al instante. Enternecido
 me deja, cierto, el muchacho,
 aunque en público me animo.

ISA. Entrate, señor, en casa.

INÉS. Pues sin soldados vivimos,
 estémonos otro poco
 gozando a la puerta el frío
 viento que corre, que luego
 saldrán por ahí los vecinos.

CRES. A la verdad no entro dentro
 porque desde aquí imagino,
 que el camino blanquea
 que veo a Juan en el camino.
 Inés, sácame a esta puerta
 asiento.

INÉS. Aquí está un banquillo

ISA. Esta tarde diz que ha hecho
 la villa elección de oficios.

CRES. Siempre aquí por el agosto
 se hace.

ESCENA XXI

Siéntase y salen el CAPITÁN, el SARGENTO,
 REBOLLEDO, CHISPA y SOLDADOS.

CAP. Pisad sin ruido:
 llega, Rebolledo, tú,
 y da a la criada aviso
 de que ya estoy en la calle.

REB. ¡Ya voy: más qué es lo que miro!
 a su puerta hay gente.

SARG. Y yo
 entre reflejos y visos
 que la luna hace en el rostro,
 que es Isabel imagino,
 está.

CAP. Ella es, más que la luna,
 el corazón me lo ha dicho.
 A buena ocasión llegamos,
 si ya, una vez que venimos,
 nos atrevemos a todo
 buena venida habrá sido.

SARG. ¿Estás para oír un consejo?

CAP. No.

SARG. Pues ya no te lo digo,
 intenta lo que quisieres.

CAP. Yo he de llegar, y atrevido
 quitar a Isabel de allí;
 vosotros a un tiempo mismo
 impedir a cuchilladas
 el que me sigan.

SARG. Contigo
 venimos, y a tu orden hemos
 de estar.

CAP. Advertir que el sitio donde habemos de juntarnos, es ese monte vecino, que está a la mano derecha, como salen del camino.

REB. ¿Chispa?

CHIS. ¿Qué?

REB. Ten las capas.

CHIS. Que es del reñir, imagino, la gala el guardar la ropa, aunque del andar se dijo.

CAP. Yo he de llegar el primero.

CRES. Harto hemos gozado el sitio; entrémonos allá dentro.

CAP. Ya es tiempo, llegad, amigos.

ISA. ¡Ah, traidor! ¿Señor, qué es esto?

CAP. Es una furia un delirio de amor.
(*Váse con ISABEL en los brazos.*)

ISABEL *dentro*.

¡Ah traidor! Señor.

CRES. ¡Ah, cobardes!

ISA. ¿Padre mío?

INES. Yo quiero aquí retirarme. (*Váse.*)

El SARGENTO y SOLDADOS detienen a PEDRO CRESPO.

CRES. Cómo echáis de ver ¡ah, impíos! que estoy sin espada, alevés, falsos, y traidores.

REB. Idos si no queréis que la muerte sea el último castigo.

CRES. ¿Qué me importa, si está muerto mi honor, el quedar yo vivo? ¡Ah, quién tuviera una espada, porque sin armas, seguimos es en vano; y si brioso a ir por ella me aplico, los he de perder la vista; qué he de hacer, hados esquivos! que de cualquiera manera es uno solo el peligro.

(*Sale INÉS con una espada.*)

INES. Ya tienes aquí la espada. (*Váse.*)

CRES. A buen tiempo la has traído; ya tengo honra, pues tengo espada con que seguimos: soltad la presa, traidores, cobardes, que habéis cogido, que he de cobrarla, o la vida he de perder.

SARG. Vano ha sido tu intento, que somos muchos.

CRES. Mis males son infinitos, y riñen todos por mí; pero la tierra que piso me ha faltado. (*Cae.*)

REB. Dadle muerte.

SARG. Mirad que es rigor impío quitarle vida y honor: mejor es en lo escondido del monte dejarle atado, porque no lleve el aviso.
(*Dentro ISABEL.*)

Padre, y Señor.

CRES. Hija mía.

REB. Retírale como has dicho.

CRES. Hija, solamente puedo seguirte con mis suspiros. (*Llévanle.*)

(*Dentro ISABEL.*)

¡Ay de mí!

ESCENA XXII

JUAN CRESPO.

JUAN. ¡Qué triste voz!

(*Dentro CRESPO.*)

¡Ay de mí!

JUAN. Mortal gemido.

A la entrada de ese monte cayó mi rocín conmigo, veloz corriendo y yo ciego por esta maleza sigo. Tristes voces a una parte, y a otra míseros gemidos escucho, que no conozco, por que llegan mal distintos. Dos necesidades son las que apellidan a gritos mi valor; y pues iguales, a mi parecer, han sido, y uno es hombre, otro mujer, a seguir a esta me animo, que si obedezco a mi padre en dos cosas que me dijo: reñir con buena scasión, y honrar la mujer, pues miro que así honro las mujeres, y con buena ocasión riño.



JORNADA TERCERA

(*Decoración de bosque.*)

ISABEL y PEDRO CRESPO, atados a una encina.

ISA. Nunca amanezca a mis ojos la luz hermosa del día, porque a su sombra no tenga vergüenza yo de mí misma. ¿Qué he de hacer? ¿dónde he de ir? Si a mi casa determinan volver mis erradas plantas, será dar nueva mancilla a un anciano padre mío que otro bien, otra alegría no tuvo, sino mirarse

- en la clara luna limpia
de mi honor, que hoy desdichado
tan torpe mancha le eclipsa.
Si dejo por su respeto,
y mi temor, afligida,
de volver a casa, de
abierto el paso a que digan
que fui cómplice en la infamia,
y ciega u inadvertida
vengo a hacer la inocencia.
¡Qué mal hice! Qué mal hice
de escaparme fugitiva
de mi hermano! ¿No valiera
más que su cólera altiva
me diera muerte, cuando
llegó a ver la suerte mía?
Llamarle quiero, que vuelva
con saña más vengativa,
y me dé muerte: confusas
voces el eco repita,
diciendo...
- CRES. Vuelve a matarme,
serás piedad homicida,
que no es piadoso el dejar
a un desdichado con vida
- ISA. ¿Qué voz es esta, que mal
pronunciada o poco oída
no se deja conocer?
- CRES. Dadme muerte, si os obliga
ser piadosos.
- ISA. ¡Ay, cielos!
otro la muerte apellida,
otro desdichado hay más
que hoy, a pesar suyo, viva:
¿mas qué es lo que ven mis ojos?
- CRES. Si piedades solicita
cualquiera que aqueste monte
temerosamente pisa,
llegue a dar muerte, mas... cielos
¿qué es lo que mis ojos miran?
- ISA. Atadas atrás las manos
a una rigorosa encina...
- CRES. Enterneciendo los cielos
con las voces que apellida...
- ISA. Mi padre está.
- CRES. Mi hija viene.
- ISA. ¿Padre, y señor?
- CRES. Hija mía,
llégate, y quita estos lazos.
- ISA. No me atrevo, que si quitan
los lazos que te aprisionan
una vez las manos mías,
no me atreveré, señor,
a contarte mis desdichas,
a referirte mis penas;
porque si una vez te miras
con manos y sin honor
me darán muerte tus iras,
y quiero, antes que las veas,
referirte mis fatigas
- CRES. Detente, Isabel, detente,
no prosigas, que desdichas,
Isabel, para contarlas,
no es menester referirlas.
- ISA. Aquel capitán, aquel
huésped ingrato, que el día
primero introdujo en casa
tan nunca esperada cisma
de traiciones y cautelas,
de pendencias y rencillas,
fué el primero que en sus brazos
me cogió, mientras le hacían
espaldas otros traidores
que la bandera militan.
Aqueste intrincado oculto
del monte, que está a la salida
del lugar, fué su sagrado.
¿Cuándo de la tiranía
no son sagrados los montes?
Aquí ajena de mí misma
dos veces me miré, cuando,
aun tu voz, que me seguía,
me dejó, porque el viento,
a quien tus acantos fías,
con la distancia, por puntos
adelgazándose iban.
El traidor, pues, en mirando
que ya nadie hay que le siga,
que ya nadie hay que me ampare,
¡ay de mí! con fementidas
palabras, buscó disculpa
a su amor: ¿a quién no admira
querer de un instante a otro
hacer la ofensa caricia?
¡Qué ruegos, qué sentimientos,
ya de humilde, ya de altiva,
no le dijel, pero en vano,
pues no atendió a la voz mía:
baste decir que a las quejas
de los vientos repetida
en que ya pedía al cielo
socorro, si no justicia,
salió el alba y con el alba,
trayendo la luz por guía,
sentí ruido entre unas ramas.
Vuelvo a mirar quién sería,
y veo a mi hermano, ¡ay, cielos!
¿Cuándo, cuándo ¡ah suerte impía!
llegaron a un desdichado
los favores más aprisa?
El a la dudosa luz,
que si no alumbrá, ilumina,
reconoce el daño, antes
que ninguno se lo diga,
que son linceos los pesares,
que penetran con la vista
Sin hablar palabra, saca
el acero que aguel día
le ceñiste; el capitán,
que el tardo socorro mira

en mi favor, contra el suyo
saca la blanca cuchilla.
Cierra el uno con el otro,
este repara, aquel tira,
y yo en tanto que los dos
generosamente lidian,
viendo temerosa y triste
que mi hermano no sabía
si tenía culpa o no,
por no aventurar mi vida
en la disculpa, la espalda
vuelvo, y por la entretejida
maleza del monte huyo;
pero no con tanta prisa,
que no hiciese de unas ramas
intrincadas celosías,
porque deseaba, señor,
saber lo mismo que huya.
A poco rato mi hermano
dió al capitán una herida;
cayó, quiso ascundarle,
cuando los que ya venían
buscando a su capitán,
en su venganza se irritan.
Quiere defenderse, pero
viendo que era una cuadrilla,
corre veloz, no le siguen,
porque todos determinan
más acudir al remedio
que a la venganza que incitan.
Yo entonces, bajé, corrí,
sin luz, sin norte, sin guía,
monte, llano y espesura,
hasta que a tus pies rendida,
antes que me des la muerte,
te he contado mis desdichas

CRES. Alzate, Isabel, del suelo,
y no estés más de rodillas,
que a no ver estos sucesos
que atormenten y que aflijan
ociosas fueran las penas,
sin estimación desdichas;
para los hombres se hicieron,
y es menester que se impriman
con valor dentro del pecho,
Isabel, vamos aprisa,
demos la vuelta a mi casa,
que este muchacho pelagra,
y hemos menester hacer
diligencias exquisitas
por saber de él, y ponerle
en salvo.

ISA. Fortuna mía,
o mucha cordura, o mucha
cautela es esta. (*Aparte.*)

CRES. Camina,
vive Dios, que si la fuerza
y necesidad precisa
de curarse, hizo volver
al capitán a la Villa,

que pienso que le está bien
morirte de aquella herida,
por escusarse de otra,
y otras mill, que el ansia mía
no ha de parar hasta darle
la muerte; ea, vamos, hija,
a nuestra casa.

ESCENA II

ESCRIBANO y DICHOS

ESCR. Oh, señor
Pedro Crespo; dadme albricias.

CRES. ¿Albricias? ¿De qué, escribano?

ESCR. El concejo aqueste día
os ha hecho alcalde, y tenéis
para estrena de justicia
dos grandes acciones hoy;
la primera es la venida
del rey, que estará hoy aquí,
o mañana en todo el día,
según dicen; es la otra,
que ahora han traído a la villa
de secreto unos soldados
a curar y con gran prisa,
a aquel capitán que ayer
tuvo aquí su compañía:
él no dice quién lo hirió;
pero si esto se averigua
será una gran causa.

CRES. Cielos.
cuando vengarme imagina,
me hace dueño de mi honor
la vara de la justicia.
¿Cómo podré delinquir
yo, si en esta hora misma
me ponen a mí por juez
para que otros no delincan?
Pero cosas como aquestas
no se ven con tanta prisa.
En extremo agradecido
estoy a quien solicita
honrarme.

ESCR. Ven a la casa
del concejo, y recibida
la posesión de la vara,
haréis en la casa misma
averiguaciones.

CRES. Vamos:
a tu casa te retira.

ISA. Duélase el cielo de mí,
yo he de acompañarte.

CRES. Hija,
ya tenéis el padre alcalde,
él os guardará justicia. (*Vánse.*)

ESCENA III

(*Decoración de sala.*)

El CAPITAN herido, y el SARGENTO
CAP. Pues la herida no era nada.

por qué me hicisteis volver aquí?

SARG. ¿Quién pudo saber lo que era antes de curada? Ya la cura prevenida hemos de considerar, que no es bien aventurar hoy la vida por la herida; ¿no fuera mucho peor que te hubieras desangrado? Puesto que ya estoy curado detenernos será error; vámonos antes que corra voz de que estamos aquí; ¿están ahí los otros?

Sí.

Pues la fuga nos socorra del riesgo de estos villanos, que si llegan a saber que estoy aquí, habrá de ser fuerza apelar a las manos.

ESCENA IV

REBOLLEDO y DICHO

La justicia aquí se ha enterado.

¿Qué tiene que ver conmigo justicia ordinaria?

Digo,

que ahora hasta aquí ha llegado. Nada me puede a mí estar mejor, llegando a saber que estoy aquí, y no temer a la gente del lugar, que la justicia es forzoso remitirme en esta tierra a mi Consejo de guerra, con que, aunque el lance es penoso, tengo mi seguridad. Sin duda se ha querellado el villano.

Eso he pensado.

(Dentro CRESPO.)

Todas las puertas tomad y no me salga de aquí soldado que aquí estuviere, y al que salirse quisiere matadle.

¿Pues cómo así entráis? Mas ¡qué es lo que ve!

ESCENA V

CRESPO con vara, ESCRIBANO, CAPITÁN y LABRADORES.

¿Cómo no? A mi parecer, la justicia ha menester más licencia a lo que creo. La justicia, cuando vos de ayer acá lo seáis, no tiene, si lo miráis, que ver conmigo.

Por Dios,

señor, que no os alteráis, que sólo a una diligencia vengo, con vuestra licencia, aquí y que solo os quedéis importa.

CAP. Salíos de aquí.

CRES. Salíos vosotros también. Con esos soldados ten gran cuidado.

ESCR. Harélo así.

ESCENA VI

PEDRO CRESPO y CAPITAN

CRES. Ya que como justicia me valí de su respeto, para obligaros a oirme la vara a esta parte deajo, y como un hombre no más deciros mis penas quiero.

(Suelta la vara.)

Y puesto que estamos solos, señor don Alvaro, hablemos. Yo soy un hombre de bien, que a escoger mi nacimiento, no dejara es Dios testigo de un escrúpulo, un defecto en mí, que suplir pudiera la ambición de mi deseo. Siempre acá entre mis iguales me he tratado con respeto: de mí hacen estimación el cabildo y el concejo. Tengo muy bastante hacienda, porque no hay, gracias al cielo, otro labrador más rico en todos apuestos pueblos de la comarca: mi hija se ha criado, a lo que pienso, con la mejor opinión, virtud y recogimiento del mundo, ¡tal madre tuvo! téngala Dios en el cielo. Bien pienso que bastará, señor, paara abono de esto, el ser rico y no haber quien me murmure; ser modesto y no haber quien me baldone; y mayormente viviendo en un lugar corto donde otra falta no tenemos más que decir unos de otros las faltas y los defectos. Si es muy hermosa mi hija, díganlo vuestros extremos, los cuales, señor, han sido mi desdicha; no apuremos toda la ponzoña al vaso, quédese algo el sufrimiento. Este, ya veis si es grande, pues aunque encubrirle quiero, no puedo, que sabe Dios

que a poder estar secre' o
y sepultado en mí mismo
no viniera a lo que vengo.
Deseando, pues, remediar
agravio tan manifiesto,
y vagando de uno en otro,
uno solamente advierto
que a mí me está bien y a vos
no mal; y es que desde luego,
os toméis toda mi hacienda,
sin que para mi sustento
ni el de mi hijo, a quien yo
traeré a echar a los pies vuestros,
reserve un maravedí,
sino quedarnos pidiendo
limosna cuando no haya
otro camino, otro medio.
Restaurar una opinión
que habéis quitado, no creo
que deluzcáis vuestro honor;
porque los merecimientos
que vuestros hijos, señor,
perdieren por ser mis nietos,
ganarán con más ventaja,
señor, por ser hijos vuestros.
En Castilla el refrán dice
que el caballo, y es lo cierto,
lleva la silla. Mirad (*de rodillas*)
que a vuestros pies os lo ruego.
¿Qué os pido? Un honor os pido
que me quitásteis vos mesmo;
y con ser mío, parece,
según os le estoy pidiendo
con humildad, que no es mío
lo que os pido, sino vuestro;
mirad que puedo tomarle
por mis manos, y no quiero
sino que vos me lo deis.

CAP. Ya me falta el sufrimiento;
viejo cansado y prolijo,
agradeced que no os doy
la muerte a mis manos hoy,
por vos y por vuestro hijo;
porque quiero que debáis,
no andar con vos más cruel
a la beldad de Isabel.
Si vengar solicitáis
por armas vuestra opinión,
poco tengo que temer;
sí por justicia ha de ser,
no tenéis jurisdicción.

CRES. ¿Que, en fin, no os mueve mi llanto?

CAP. Llanto no se ha de creer
de viejo, niño y mujer.

CRES. ¿Que no pueda dolor tanto
mereceros un consuelo?

CAP. ¿Qué más consuelo queréis
que con la vida volvéis?

CRES. Mirad que echado en el suelo
mí honor a voces os pido.

CAP. ¡Qué enredo!

CRES. Mirad que soy
Alcalde de Zalamea hoy.

CAP. Sobre mí no habéis tenido
jurisdicción, el consejo
de guerra enviará por mí.

CRES. ¿En eso os resolvéis?

CAP. Sí,
caduco y cansado viejo.

CRES. ¿No hay remedio?

CAP. El de callar
es el mejor para vos.

CRES. ¿No otro?

CAP. No.

CRES. Pues juro a Dios. (*Levantándose.*)
que me lo habéis de pagar:
¡hola! (*Toma la vara.*)
Dentro el ESCRIBANO.

CAP. ¿Señor?
¿Qué querrán?
esos villanos hacer?

ESCENA VII

ESCRIBANO, LABRADORES y DICHOS.

ESCR. ¿Qué es lo que mandáis?

CRES. Prender

CAP. mando al señor Capitán.
Buenos son vuestros extremos:
con un hombre como yo,
y en servicio del rey, no
se puede hacer

CRES. Probaremos.
De aquí, si no es preso o muerto,
no saldréis.

CAP. Yo os apercibo,
que soy un Capitán vivo.

CRES. ¿Soy yo acaso Alcalde muerto?
Daos al instante a prisión.

CAP. No me puedo defender,
fuerza es dejarme prender;
al rey de esta sin razón
me quejaré.

CRES. Yo también
de estotra, y aún bien que está
cerca de aquí, y nos oír
a los dos; dejar es bien
esa espada.

CAP. No es razón
que...

CRES. ¿Cómo no, si vais preso?

CAP. Tratad con respeto...

CRES. Eso
está muy puesto en razón:
con respeto le llevad
a las casas, en efecto,
del concejo, y con respeto
un par de grillos le echad,
y una cadena, y tened
con respeto gran cuidado
que no hable a ningún soldado,

y en la cárcel le poned.
Y aquí, para entre los dos,
si hallo harto paño en efecto,
con muchísimo respeto
os he de ahorcar, juro a Dios.

CAP. ¡Ah, villanos, con poder! (*Llévanle.*)

ESCENA VIII

CRESPO, REBOLLEDO, CHISPA, ESCRIBANO
y ALGUACILES

ESCR. Este paje, este soldado,
son los que con mi cuidado
sólo he podido prender,
que otro se puso en huída.

CRES. Éste el pícaro es que canta;
con un paso de garganta
no ha de hacer otro en su vida.

REB. ¿Pues qué delito es, señor,
el cantar?

CRES. Que es virtud siento,
y tanto, que un instrumento
tengo en que cantéis mejor;
resolveos á decir
cuanto aquí anoche pasó.

REB. Tu hija, mejor que yo,
lo sabe.

CRES. O has de morir.

CHIS. Rebollado, determina
negarlo punto por punto;
serás, si niegas, asunto
para una jacarandina
que cantaré.

CRES. A vos después,
¿quién otra os ha de cantar?

CHIS. A mí no me pueden dar
tormento.

CRES. ¿Sepamos pues
por qué?

CHIS. Eso es cosa asentada
y no hay ley que la demande.

CRES. ¿Qué causa tenéis?

CHIS. Bien grande.

CRES. Decid cuál.

CHIS. Estar preñada.

CRES. ¡Ay cosa más atrevida!
Mas la cólera me inquieta,
¿no sois paje de jineta?

CHIS. No, señor, sino de brida.

CRES. Resolveos a decir
vuestros dichos.

CHISPA y REBOLLEDO
Sí diremos,
y aun más de lo que sabemos,
que peor será morir

CRES. Eso os curará a los dos
del tormento.

CHIS. Si es así,
pues para cantar nació,
he de cantar, vive Dios. (*Canta.*)
«Tormento me quieren dar.»

REBOLLEDO, cantando.

«¿Y qué quieren darme a mí?»

CRES. ¿Qué hacéis?

CHIS. Temblar desde aquí,
pues que vamos a cantar. (*Vánse*)

ESCENA IX

(*Casa de PEDRO CRESPO*)

JUAN, luego ISABEL e INÉS.

JUAN. Desde que al traidor herí
en el monte, desde que
riñendo con él, porque
llegaron tantos volví
la espalda, el monte he corrido,
la espesura he penetrado,
y a mi hermana no he encontrado;
en efecto, me he atrevido
a venirme hasta el lugar
y entrar dentro de mi casa,
donde todo lo que pasa
a mi padre he de contar;
veré lo que me aconseja
que haga, cielos, en favor
de mi vida y de mi honor.

INÉS. Tanto sentimiento deja,
que vivir tan afligida
no es vivir, matarte es.

ISA. ¿Pues quién te ha dicho ya, Inés,
que no aborrezco la vida?

JUAN. Diré a mi padre, ¡ay de mí!...
¿no es esta Isabel? Es llano;
¿pues qué espero?

(*Saca la daga.*)

INÉS. ¿Primo?

ISA. Hermano,
¿qué intentas?

JUAN. Vengar así
la ocasión en que hoy has puesto
mi vida y mi honor.

ISA. Advierte...

JUAN. Tengo de darte la muerte,
viven los cielos...

ESCENA X

DICHOS, PEDRO CRESPO y ALGUACILES

CRES. ¿Qué es esto?

JUAN. Es satisfacer, señor,
una injuria, y es vengar
una ofensa, y castigar...

CRES. Basta, basta, es un error
que os atreváis a venir...

JUAN. ¿Qué es lo que mirando estoy? (*Aparte.*)

CRES. ¿Delante así de mí hoy,
acabando ahora de herir
en el monte al capitán?

JUAN. Señor, si le hice ofensa,
que fué en honrada defensa
de tu honor...

CRES. Ea, basta, Juan;
¡hola!, llevadle también
preso.

- JUAN. ¿A tu hijo, señor,
tratas con tanto rigor?
- CRES. Y aun a mi padre también
con tal rigor le tratara.
Aquesto es asegurar
si vida, y han de pensar
que es la justicia más rara
del mundo.
- JUAN. Escucha, porque,
habiendo un traidor herido,
a mi hermana he pretendido
matar también.
- CRES. Ya lo sé;
pero no basta sabello
yo como yo, que ha de ser
como alcalde, y he de hacer
información sobre ello,
y hasta que conste qué cu'pa
te resulta del proceso,
tengo de tenerte preso.
Yo le hallaré la disculpa. (*Aparte.*)
- JUAN. Nadie entender solicita
tu fin, pues sin honra ya,
prendes a quien te la da,
guardando a quien te la quita.
(*Llévante preso*)

ESCENA XI

PEDRO CRESPO, ISABEL e INÉS

- CRES. Isabel, entra a firmar
esta querrela que has dado
contra aquél que te ha injuriado.
- ISA. Tú, que quisiste ocultar
la ofensa que el alma llora,
¿así intentas publicarla?
Pues no consigues vengarla,
consigue el callarla ahora;
pero ya que como quiera,
me quita esta obligación
satisfacer mi opinión,
ha de ser de esa manera. (*Vase.*)
- CRES. Inés, pon ahí esa vara;
que pues por bien no ha querido
ver el caso concluído,
querrá por mal.
(*Dentro, DON LOPE.*)
- Para, para.
Mas ¿qué es aquesto? ¿Quién hoy
se apea en mi casa así?
Pero ¿quién se ha entrado aquí?

ESCENA XII

DON LOPE y PEDRO CRESPO

- D LO. ¡Oh, Pedro Crespo! Yo soy,
que, volviendo a este lugar
de la mitad del camino,
donde me trae, imagino,
un grandísimo pesar,
no era bien ir a apearne
a otra parte, siendo vos

- tan mi amigo.
- CRES. Guárdeos Dios,
que siempre tratáis de honrarme.
- D LO. La desvergüenza he sabido
por allá.
- CRES. Presto sabréis
la ocasión; la que tenéis,
señor, de haberos venido,
me haced merced de contar
que venís mortal señor
- D LO. La desvergüenza es mayor
que se puede imaginar
es el mayor desatino
que hombre ninguno intentó;
un soldado me alcanzó
y me dijo en el camino. . .
Que estoy perdido, os confieso,
de cólera.
- CRES. Proseguid.
- D LO. Que un alcaídillo de aquí
al capitán tiene preso;
y vive Dios, no he sentido
en toda aquesta jornada
esta piedad excomulgada,
si no es hoy, que me ha impedido
el haber antes llegado,
donde el castigo le dé;
vive Jesucristo, que
al grande desvergonzado
a palos he de matar.
- CRES. Pues habéis venido en valde,
porque pienso que el alcalde
no se los dejará dar.
- D LO. Pues dárselos, sin que deje
dárselos.
- CRES. Malo lo veo,
ni que haya en el mundo creo
quien tan mal os aconseje
¿Sabéis por qué le prendió?
- D LO. No; mas sea lo que fuere,
justicia la parte espere
de mí, que también sé yo
degollar, si es necesario.
- CRES. Vos no debéis de alcanzar,
señor, lo que en un lugar
es un alcalde ordinario.
- D LO. ¿Será más que un villanote?
- CRES. Un villanote será,
que, si cabezudo da
en que ha de darle garrote,
por Dios, se saldrá con ello.
- D LO. No se saldrá tal, por Dios;
y si por ventura vos,
si sale o no, queréis vello,
decid dónde vive, o no.
- CRES. Bien cerca vive de aquí.
- D LO. Pues a decidme venid
quién es el alcalde.
- CRES. Yo.
- D LO. Vive Dios que lo sospeho.

CRES. Vive Dios, como lo he dicho.
 D LO. Pues Crespo, lo dicho, dicho.
 CRES. Pues señor, lo hecho, hecho.
 D LO. Yo por el preso he venido,
 y a castigar el exceso.
 CRES. Pues yo acá le tengo preso,
 por lo que aquí ha sucedido.
 D LO. ¿Vos sabéis que a servir pasa
 al rey, y soy su juez yo?
 CRES. ¿Vos sabéis que me robó
 a mi hija de mi casa?
 D LO. ¿Vos sabéis que mi valcr
 dueño de esta causa ha sido?
 CRES. ¿Vos sabéis cómo atrevido
 robó en un monte mi honor?
 D LO. ¿Vos sabéis cuánto os prefiere
 el cargo que he gobernado?
 CRES. ¿Vos sabéis que le he rogado
 con la paz, y no la quiere?
 D LO. Que os entráis, es bien se arguya,
 en otra jurisdicción.
 CRES. El se me entró en mi opinión,
 sin ser jurisdicción suya.
 D LO. Yo sabré satisfacer,
 obligándome a la paga.
 CRES. Jamás pedía nadie que haga
 lo que yo me puedo hacer.
 D LO. Yo me he de llevar el preso
 ya estoy en ello empeñado.
 CRES. Yo por acá he sustanciado
 el proceso.
 D LO. ¿Qué es proceso?
 CRES. Unos pliegos de papel
 que voy juntando en razón
 de hacer la averiguación
 de la causa.
 D LO. Iré por él
 a la cárcel.
 CRES. No embarazo
 que vayáis, solo repare,
 que hay orden que al que llegara
 le den un arcabuzazo.
 D LO. Como a esas balas estoy
 enseñado yo a esperar;
 mas no se ha de aventurar
 nada en esta acción de hoy.
 Ola, soldado, id volando,
 y a todas las compañías
 que alojadas estos días
 han estado y van marchando,
 decid que bien ordenadas
 lleguen aquí en escuadrones
 con balas en los cañones,
 y con las cuerdas caídas.
 SOL. 1º No fué menester llamar
 la gente que habiendo oído
 aquesto que ha sucedido,
 se ha entrado ya en el lugar.
 D LO. Pues vive Dios, que he de ver
 si me dan el preso, o no. (Vase.)

CRES. Pues vive Dios, que antes yo
 haré lo que se ha de hacer. (Vase.)

ESCENA XIII

*Plaza de ZALAMEA: en el fondo fachada de la
 cárcel con puertas practicables. Permanece la
 escena sola mientras dicen dentro.*

D LO. Esta es la cárcel, soldados,
 adonde está el capitán;
 si no os le dan, al momento
 poned fuego y abrasad;
 si se pone en defensa
 el lugar: todo el lugar.
 ESCR. Ya, aunque la cárcel enciendan.
 no han de darle libertad.
Todos dentro.
 Mueran aquestos villanos.
 CRES. ¿Qué mueran? ¿Pues qué no más?
 D LO. Socorro les ha venido,
 romped la cárcel, llegad,
 romped la puerta.

ESCENA XIV

EL REY FELIPE II, CRESPO, ESCRIBANO, ALGUACILES,
 pueblo armado por la izquierda, don
 LOPE y soldados por la derecha.

REY. ¿Qué es esto?
 ¿Pues de esta manera estáis,
 viniendo yo?
 D LO. Esta es, señor.
 la mayor temeridad
 de un villano, que vió el mundo;
 y vive Dios, que a no entrar
 en el lugar tan aprisa
 señor, vuestra majestad,
 que había de hallar luminarias
 puestas por todo el lugar.
 REY. ¿Qué ha sucedido?
 D LO. Un alcalde
 ha prendido a un capitán,
 y viniendo yo por él,
 no le ha querido entregar.
 REY. ¿Quién es el alcalde?
 CRES. Yo.
 REY. ¿Y qué disculpa me dáis?
 CRES. Este proceso, en quien bien
 probado el delito está,
 digno de muerte, por ser
 una doncella robar,
 forzarla en un despoblado.
 y no quererle casar,
 con ella, habiendo su padre
 rogádole con la paz.
 D LO. Este es el alcalde, y es
 su padre
 CRES. No importa en tal
 caso; porque si un extraño
 se viniera a querellar,
 no había de hacer justicia?
 Sí; pues qué más se me da

hacer por mi hija lo mismo que hiciera por los demás? Fuera de que como he preso un hijo mío, es verdad que no se escuchara a mi hija, pues era la sangre igual. Mírese si está bien hecha la causa; miren si hay quien diga que yo haya hecho en ella alguna maldad; si he inducido algún testigo; si está escrito algo de más de lo que he dicho, y entonces me den muerte.

REY. Bien está sustanciado; pero vos no tenéis autoridad de ejecutar la sentencia que toca a otro tribunal, allá hay justicia, y así remitid el preso.

CRES. Mal porque, señor, remitirle; porque como por acá no hay más que sola una audiencia, cualquier sentencia que hay la ejecutada ella, y así está ejecutada ya.

REY. ¿Qué decís?

CRES. Si no creéis que es esto, señor, verdad, volved los ojos y vedlo; aqueste es el Capitán.

Se abre la puerta del fondo y aparece el CAPITÁN agarrotado.

REY. Pues ¿cómo así os atrevisteis?

CRES. Vos habéis dicho que está bien dada aquesta sentencia; ¿luego esto no está hecho mal?

REY. ¿El consejo no supiera la sentencia ejecutar?

CRES. Toda la justicia vuestra es solo un cuerpo no más; si este tiene muchas manos, decid, ¿qué más se me da matar con aqueste un hombre, que estotra había de matar?

REY. Pues ya que aquesto es así, ¿por qué como a capitán y caballero, no hicisteis degollarle?

CRES. ¿Eso dudáis? Señor: como los hidalgos viven también por acá, el verdugo que tenemos no ha aprendido a degollar; y esa es querrela del mundo, que toca a su autoridad, y hasta que él mismo se queje, no les toca a los demás.

REY. Don Lope, aquesto ya es hecho, bien dada la muerte está, que errar lo menos no importa, si acertó lo principal. Aquí no quede soldado alguno, y haced marchar con brevedad, que me importa llegar presto a Portugal: vos por alcalde perpetuo de aquesta villa os quedad. (*Váse.*)

ESCENA XX

DICHOS MENOS EL REY.

CRES. Solo vos a la justicia tanto supisteis honrar.

D LO. Agradeced al buen tiempo que llegó su majestad.

CRES. Por Dios, aunque no llegara, no tenía remedio ya.

D LO. ¿No fuera mejor hablarme, dando el preso, y remediad el honor de vuestra hija?

CRES. En un convento entrará que ha elegido, y tiene esposo que no mira en calidad.

D LO. Pues dadme los demás presos.

CRES. Al momento los sacad. (*Selen todos.*)

D LO. Vuestro hijo falta, porque siendo mi soldado ya, no ha de quedar preso

CRES. Quiero también, señor, castigar

el desacato que tuvo de herir a su capitán, que aunque es verdad que su honor a esto le pudo obligar, de otra manera pudiera.

D LO. Pedro Crespo, bien está, llamadle.

CRES. Ya él está aquí.

ESCENA ÚLTIMA

JUAN, CRESPO, y DICHOS. Sale JUAN

Las plantas, señor, me dad, que a ser vuestro esclavoire.

REB. Yo no pienso ya cantar en mi vida.

CHIS. Pues yo sí, cuantas veces a mirar llegué el pesado instrumento.

CRES. Con qué fin el autor da a esta historia verdadera, sus defectos perdonad.

FIN.

